

LA PERSONA Y LA RELEVANCIA DE SU DINAMISMO
DE INTEGRACIÓN PARA LA TERAPIA PSICOLÓGICA¹

THE PERSON AND THE RELEVANCE OF ITS DYNAMISM
OF INTEGRATION FOR PSYCHOLOGICAL THERAPY

R. P. Jorge Olaechea Catter

Asistente general de instrucción del Sodalicio de Vida Cristiana.
Director del Instituto Cultural “Vida y Espiritualidad”.

Correspondencia: R. P. Jorge Olaechea Catter
Campus Urb. Campiña Paisajista s/n Quinta Vivanco. Arequipa, Perú.
Correo electrónico: jolaechea@gmail.com

¹ Ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Psicología organizado por la Escuela Profesional de Psicología de la Universidad Católica San Pablo, Arequipa, 2013.

LA PERSONA Y LA RELEVANCIA DE SU DINAMISMO DE INTEGRACIÓN PARA LA TERAPIA PSICOLÓGICA

THE PERSON AND THE RELEVANCE OF ITS DYNAMISM OF INTEGRATION FOR PSYCHOLOGICAL THERAPY

R. P. Jorge Olaechea Catter

Sodalicio de Vida Cristiana, Lima, Perú

Resumen

El presente documento es una ponencia en la que se analiza la concepción de «persona» desde una visión trascendente que sugiere profundizar en el sustrato ontológico del hombre, no entendido como objeto sino como sujeto. Se parte de la obra de Karol Wojtyła para abordar esta temática en concordancia con los principios teológicos, filosóficos y ontológicos de la Iglesia Católica. Se derivan de ello, varias implicancias para la labor terapéutica en el campo de la psicología.

Palabras clave: Persona, dinamismo, ontología, terapia psicológica.

Abstract

The present document is a speech, in which we analyze the conception of «person» from a transcendent vision that suggests getting deep into the ontological substance of man, not understanding such as object, instead subject. We start from Karol Wojtyła's work to treat the theme in concordance with theological, philosophical and ontological principles of the Catholic Church. It derives in several considerations for the therapeutic labor in the field of psychology.

Keywords: Person, dynamism, ontology, psychological therapy.

Quiero, para empezar, agradecer a las autoridades de esta querida universidad, y especialmente a los organizadores de este *III Congreso Internacional de Psicología*, por haberme invitado a compartir con ustedes algunas reflexiones sobre el tema que nos reúne: la terapia psicológica.

Me aproximo guiado, en primer lugar, por una inquietud apostólica y pastoral: como sacerdote he acompañado y sigo acompañando a personas que se encuentran, por diversas razones, en terapia psicológica. Esto hace que me ponga a reflexionar constantemente en el problema del lugar que debe ocupar este tipo de terapia en el conjunto de una vida humana. De esta experiencia surgen también preguntas sobre el tipo de terapia más adecuado, sobre el papel del psicoterapeuta y los medios a los que puede recurrir para ayudar mejor a la persona que se encuentra ante él.

En segundo lugar, me aproximo desde consideraciones de tipo filosófico y teológico, y especialmente desde las luces que arroja el texto *Persona y acción* (originalmente publicado en 1969) de Karol Wojtyła —quien algunos años después llegaría a ser el beato Papa Juan Pablo II—, en ese momento arzobispo de Cracovia. Además de sus agudas reflexiones sobre la persona humana y su trascendencia, Wojtyła dedica algunos capítulos de su obra al dinamismo complementario de «integración» de la persona. Centraré la segunda parte de mi exposición en lo que se afirma sobre la *psique* humana en dicha sección de esta obra

tan importante para el pensamiento antropológico del tercer milenio.

La persona en el horizonte del quehacer del psicólogo

El psicólogo —y especialmente el psicoterapeuta— dirige completamente su acción a buscar el bien de otra persona. Hagámonos la pregunta: ¿qué significa para la acción del psicólogo que el otro sea una «persona»? Decir que aquel que el psicólogo tiene ante sí y hacia quien su acción está dirigida es una *persona* significa afirmar muchas cosas, según el sentido que se le dé a esta palabra.

La palabra «persona» es empleada muchas veces simplemente como sinónimo de «ser humano». Lamentablemente, este uso hace perder el rico bagaje de contenido que la palabra trae consigo, fruto de la reflexión de siglos sobre quién es Dios y sobre quién es el hombre, especialmente a la luz de la revelación sobre estas dos verdades traídas por el Señor Jesús.

No es este el lugar para recorrer la historia de la noción de persona, ni tampoco para ensayar una aproximación fenomenológica a la realidad a la que esta noción hace referencia, para eso se pueden consultar otros materiales (Echavarría, 2008). Permítanme enunciar, en modo casi esquemático, algunas notas que apuntan a evidenciar qué es lo que estamos diciendo del ser humano cuando afirmamos de él que es una «persona». Trataré de acompañar cada una de estas notas —que suponen una meditación

larga sobre el contenido que fue adquiriendo esta noción en la tradición del pensamiento occidental— con algunas reflexiones sobre la práctica psicológica, teniendo en mente siempre la pregunta inicial: ¿qué significa para la acción del psicólogo que el otro sea una «persona»?

a) El ser humano es persona, es decir, *tiene un estatuto ontológico que lo distingue del resto del mundo visible*. Ser persona es ser irreductible a elemento del cosmos o a individuo de una especie. Es lo que se expresa intuitivamente en la distinción entre «algo» y «alguien».

Si esto es verdad, entonces significa que no puedo aproximarme a una persona como si me aproximara a un elemento cualquiera del cosmos: no comprendo a alguien estudiando detenidamente la especie *Homo sapiens sapiens*, ni descomponiéndolo en sus elementos, sus mecanismos o sus operaciones. Esto es otro modo de decir que la persona que tengo ante mí es verdaderamente un misterio que me supera y que se encuentra más allá de mis recursos cognoscitivos, sean estos los que sean (observación, introspección, intuición, etc.).

Me parece que hoy se hace cada vez más importante esta afirmación inequívoca de la irreductibilidad del hombre al cosmos ante el avance —por ahora, en el campo filosófico— de corrientes que se autodenominan «post-humanistas» y cuyo punto de partida, para dejar atrás lo humano, es la reducción del ser humano a pura biología. Se trata —según esta postura— de eliminar los últimos rezagos

de pensamiento humanista, presentes todavía en la cultura y en la sociedad, para abrazar un futuro que la tecnociencia ya estaría haciendo actual: un futuro donde caen la centralidad, unicidad, particularidad, pureza y autosuficiencia del hombre en el mundo para recomprenderlo humano a partir de su interacción con lo no-humano, sea esto lo animal o lo tecnológico.

b) El ser humano es persona, es decir, *es señor de sí mismo: se autopertenece y se autodetermina*. Por este motivo, a la persona le corresponde un modo de actuar propio, que se llama actuar libre, y que sigue su modo de existir propio (*in se subsistens*).

Esta afirmación del ser humano como ser libre, capaz de poseerse y gobernarse a sí mismo, es de importancia capital para el tema que aquí nos ocupa: el psicoterapeuta puede tener en esta libertad su principal aliado; y en cierto sentido —como trataremos de mostrar en la segunda parte de nuestra exposición— su trabajo consistirá propiamente en ayudar a la persona a crecer en esta dimensión de libertad, no pocas veces limitada por los distintos obstáculos a nivel psicológico que se presentan.

Hoy es relevante considerar asimismo que con el aumento del uso de psicofármacos para coadyuvar la terapia, se puede presentar la tentación para el psicoterapeuta (y para el paciente) de dejar de lado este punto interior de apoyo para «ponerse en las manos» del equilibrio dado por el medicamento.

c) El ser humano es persona, es decir, *es constituido en modo único e irrepetible*, no relativamente (a otros individuos) sino absolutamente. De aquí su dignidad inalienable y la inefabilidad de su ser más propio.

Una persona es inclasificable por definición. Cuando creo que la he comprendido porque, sobre la base de un conjunto de síntomas, la he hecho entrar en un cierto paradigma clasificatorio, entonces la persona se me escapa completamente.

Consecuencia de esta verdad sobre el ser humano es también la importancia de considerar reverentemente su historia (que es única e irrepetible en cuanto historia *de esta persona aquí*), así como su modo único de estar en el mundo, de verlo y de vivirlo.

d) El ser humano es persona, es decir, *vive referido a una verdad y a un bien que lo superan*, que están más allá de él, pero que al mismo tiempo son la condición de posibilidad de su existencia y su desarrollo como persona. La capacidad de conocer y de querer, la inteligencia y la voluntad (como características del ser espiritual) son una consecuencia de este ser persona del hombre.

Esta afirmación delinea para el psicoterapeuta un punto de apoyo fundamental en su práctica: lo bueno y lo verdadero — como dimensiones de lo real— liberan a la persona. Gran parte de las enfermedades mentales de nuestros días tienen como base una ruptura con la realidad o una fuga de ella. Aprender a conocer y aprender a

querer, con todo lo simple que esto pueda sonar, se convierte no pocas veces en la senda de recuperación y fortalecimiento de quienes el psicoterapeuta está llamado a acompañar.

e) El ser humano es persona, es decir, *se realiza en el amor*, en la sincera donación de sí mismo a otra persona y en la sincera acogida de otra persona en su vida. Esta dinámica de encuentro y comunión no lo disminuye, sino que lo hace ser más él mismo.

Es fundamental mantener el desafío que esta verdad plantea a lo largo de cualquier ayuda psicoterapéutica, especialmente en situaciones de fragilidad o dificultades relacionales. La persona humana se realiza en el amor, no en el egoísmo, ni en la propia serenidad, ni en la adaptación al medio. Es verdad que no se puede amar a otros si no amamos primero a nuestro prójimo más cercano, es decir, si no nos amamos a nosotros mismos. El problema es cuando el horizonte del amor, con todo lo que tiene de sacrificio, entrega y «pérdida» no se plantea como el horizonte auténtico de realización humana.

f) El ser humano es persona, es decir, *ha sido constituido por un acto creativo único de Dios, que lo ha hecho a su imagen y semejanza*, y que lo mantiene constitutivamente en esta relación con Él. Esta relación de Dios —quien es Comunión de Personas— con cada hombre y cada mujer constituye la raíz última, la fuente viva y la explicación necesaria de toda la realidad y de todo el dinamismo de su ser personal.

Esta afirmación, que aquí se encuentra al final, en la realidad es la verdad primaria, la que funda todas las demás: somos personas porque hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. No por nuestra inteligencia ni nuestra voluntad, ni por nuestra conciencia ni por nuestra alta perfección en el conjunto de la realidad. Todo ello es consecuencia, no es la raíz de nuestro ser persona.

Si esto es verdad, entonces no podría darse una psicoterapia que promueva de modo auténtico a la persona, sin que apunte en cierta manera a promover su vida espiritual, es decir, sin que considere seriamente la relación fondal del ser humano: el encuentro con Aquel que lo constituye como persona en el tiempo y para toda la eternidad.

Teniendo en consideración todos estos elementos sobre lo que significa ser persona, añado un par de reflexiones que dejo abiertas:

Sea cual sea la terapia que el psicólogo lleve a cabo, esta se coloca siempre en el contexto de una relación entre personas. Se trata de una relación a un cierto nivel asimétrica, por los roles o competencias de cada uno de los presentes. Esto no elimina, sin embargo, lo fundamental del «ser persona» del psicoterapeuta, y el papel que esta dimensión de su realidad tiene en el acompañamiento y en la ayuda que es capaz de ofrecer a la otra o a las otras personas involucradas. Pregunta: ¿qué importancia tiene el crecimiento o la madurez del psicólogo, no solo a nivel psicológico, sino a nivel personal?

Por último, no puedo dejar de mencionar otro elemento sobre el que habría mucho que reflexionar: el papel de Dios —Comunión de Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo— en el camino de sanidad psicológica del paciente. Y esto no solamente como «tema» presente en la terapia, o como horizonte de vida de la persona (su religiosidad, su trascendencia), sino como actor real y operante. Si alguien está interesado en que la persona esté sana a todo nivel, incluido el psicológico, ese es Dios. La pregunta que surge es: ¿cómo el terapeuta debe hacerse también él intermediario para esta acción?

La persona y su integración

Luego de haber profundizado brevemente en algunos aspectos de la realidad personal del hombre y haberlos relacionado con el quehacer del psicólogo y, especialmente, con su actuar terapéutico, podríamos quedarnos con la sensación de que en el fondo estos elementos son, sí, importantes, e incluso decisivos, en cualquier relación interpersonal, pero no llegan a tocar lo que es específico de la acción psicoterapéutica. Y en cierto modo la observación es correcta. Ello exige de nosotros una mayor reflexión sobre lo que entra más propiamente en juego de la realidad personal en el quehacer psicológico.

Mi propuesta es que ese elemento lo encontramos en el dinamismo que Karol Wojtyła, en la obra antes citada, *Persona y acción* (Wojtyła, 2011), llama «integración de la persona». Nos dejamos conducir por las ideas contenidas especialmente en los capítulos V y VI de

esta obra, cuyo objetivo, como afirma el autor, es ser «un estudio de la acción que revela a la persona, o sea, un estudio de la persona a través de la acción» (Wojtyła, 2011, p. 42).

Integración y desintegración

El ser humano, cuando actúa, está *todo* en su acción, en esa «dinamización del propio “yo”» que él mismo ha causado como agente. Esa totalidad de presencia en el actuar humano se explica, en parte, por el dinamismo de trascendencia de la persona, que revela —en el autodeterminarse y autoposeerse del ser humano a sí mismo— al sujeto como señor de esa acción y como señor de sí mismo. Este dinamismo de trascendencia, sin embargo, no explica completamente la totalidad en la que el hombre se experimenta en cada acción que realiza (Wojtyła, 2011).

Y no lo hace por dos razones.

En primer lugar, porque *no da cuenta de la complejidad* inscrita en esa totalidad (Wojtyła, 2011). La totalidad y unidad de la persona experimentada en la acción no es reflejo de una ausencia de complejidad. Por el contrario, esa experiencia de totalidad revela una riqueza de estructuras y dinamismos, que le pertenecen al ser humano de modo propio y sin los cuales no se realiza en cuanto persona. Esta complejidad no se muestra en la trascendencia, que más bien nos coloca ante el acto simple del tenerse a sí misma de la persona y ante las expresiones de este acto.

En segundo lugar, el dinamismo de trascendencia no es suficiente para explicar la unidad de la persona en su actuar, porque *no da cuenta de la dinámica de unificación* que hace posible esa experiencia de totalidad y sus distintos grados. En efecto, la persona —sobre la base de una unidad que ella encuentra ya dada, recibida de otro en su existencia—, se va realizando o desplegando en un dinamismo que atraviesa todo su ser—«espíritu, psique y cuerpo» (1 Tes 5:23)— y que en la medida en que se encuentra dirigida hacia la verdad y el bien que están más allá de ella, es decir, en sintonía con el dinamismo de trascendencia, va haciendo a la persona cada vez más «una», más ella misma, la va unificando o integrando.

¿Qué es, entonces, esta *integración de la persona* de la que habla Wojtyła (2011)? El concepto de «integración» —como se deduce también de lo que hemos señalado hasta aquí— es complementario al de «trascendencia», «en cuanto que permite captar y definir un segundo aspecto de la realidad, contenido en la experiencia “el hombre actúa”», y sin el cual la trascendencia se convertiría «en una estructura vacía». El campo en el que este dinamismo de integración se manifiesta es el de la subjetividad del yo humano, así como la operatividad es en el que se manifiesta el dinamismo de trascendencia (Wojtyła, 2011).

La integración —afirma Wojtyła (2011)—: «indica un todo o la totalidad de una cosa dada», pero más precisamente «parece señalar no tanto el proceso de unificación en un todo de lo que antes estaba separado, cuanto la *realización y manifestación de*

la totalidad y la unidad sobre la base de una cierta complejidad» (p. 278).

Nuestra exposición se concentrará solamente en la dimensión psíquica de la persona y apuntará a iluminar desde esta dinámica de integración el crecimiento y maduración de la persona, y como consecuencia buscará iluminar también la tarea del psicoterapeuta por colaborar con este crecimiento y maduración.

En el quehacer del psicoterapeuta, el contacto se suele dar con una persona *necesitada de integración* a un cierto nivel, es decir, que vive y experimenta un cierto grado de *desintegración*. Esta desintegración —como la entiende Wojtyła (2011)— «se muestra como falta o como insuficiencia en las estructuras de autoposesión o autodominio, que son específicas de la persona» (p. 281), es decir, como «una incapacidad, más o menos profunda, para poseerse y dominarse mediante la autodeterminación» (p. 282).

Podemos distinguir diversos grados de desintegración psíquica. Wojtyła (2011) esboza una idea que puede ser sugerente para la psicología y psiquiatría de nuestros días:

La desintegración de la persona en la acción presenta no sólo numerosas formas concretas, que merecen una descripción, una clasificación y una calificación por parte de las ciencias particulares, manifiesta también, en el sentido fundamental que nos interesa siempre aquí, *distintos grados* de intensidad.

Estos grados responden a la visión dinámica del hombre (p. 283).

Sabemos bien cuánto es importante en psicoterapia la *comprensión* de la persona que se encuentra en ese momento ante nosotros. Sabemos también lo arraigado que está en la práctica psicoterapéutica el paradigma diagnóstico que reduce al paciente a un conjunto de síntomas, reducibles a su vez muy probablemente a una descompensación neuroquímica.

Sin negar los avances realizados en los últimos años por la neurología y la bioquímica acerca de la somática del sistema nervioso humano, nos parece que la mirada de Wojtyła (2011) —como la de otros pensadores que se toman en serio el misterio del ser personal del hombre y la mujer— plantea un importante desafío al psicoterapeuta de nuestros días.

Por un lado, esta mirada confronta al psicoterapeuta con una cierta *estructura de la subjetividad*: una estructura compleja no tanto por los mecanismos biológicos que se ponen en movimiento cuando la persona actúa, como por la riqueza de interacciones propias de una interioridad psíquica desde sus facultades, sus relaciones con aquello que está más acá o más allá de lo propiamente psíquico (el cuerpo y el espíritu), su individuación en este ser humano concreto y su mundo.

Por otro lado, las afirmaciones de Wojtyła (2011) ponen un particular acento en lo que llama una *visión dinámica del hombre*. Esta consideración nos parece

que es fundamental para el psicoterapeuta, ya que la persona que tiene ante sí no es solamente una estructura compleja, sino que es alguien llamado a realizarse en la acción. Y esta realización pasa a través de lo que venimos llamando dinámica de integración o unificación de la persona. Así, será fundamental que el psicoterapeuta conozca bien esta dinámica, que va mucho más allá de lo «técnicamente» psicológico, implicando —si es verdad que el ser humano es persona— una aproximación fina a las estructuras de su libertad y, en general, de su vida espiritual.

Queda delineado, de este modo, algo así como un esquema con dos ejes: la estructura de la subjetividad y la dinámica de la integración. Nos parece que conociendo en profundidad estos dos ejes, un psicoterapeuta se encuentra con un primer nivel de capacidades para ayudar a la persona que sufre por la desintegración que experimenta. Es obvio que, a este primer nivel, se deben sumar otros más de conocimientos, habilidades humanas, habilidades técnicas, experiencia, hondura espiritual, etc.

Volvamos ahora a la obra de Wojtyła (2011), y consideremos brevemente cada uno de los ejes que hemos señalado. No pretendemos extendernos en los detalles, sino solamente dejar anotados algunos elementos que puedan luego ser profundizados por quienes estén llamados a decir una palabra acerca de la psique, su lugar en el conjunto del ser humano, y también acerca de cómo colaborar en su integración.

La estructura de la subjetividad psíquica

Lo primero que debemos decir, buscando comprender la estructura de la subjetividad psíquica, es que se encuentra en estrecha relación con la dimensión somática, pero que se distingue claramente de ella. Como afirma Wojtyła (2011),

...en el concepto de «psique» y en el de su atributo «psíquico» se mezclan los elementos de la naturaleza humana y de cada hombre concreto, que en la experiencia del hombre descubrimos como si estuvieran de alguna manera conectados e integrados con el cuerpo y que, a la vez, no están de suyo en el cuerpo. (p. 321)

Esta verdad sobre la naturaleza humana — que antes hubiera parecido una afirmación evidente e incluso inútil— hoyes importante reafirmarla ante la fuerte tendencia biológica de la psicología, para la cual la psique humana sería últimamente reductible al cuerpo y sus dinamismos más complejos.

La dimensión psíquica de la persona está ciertamente condicionada en buena medida por su dimensión somática, que debe contar con un grado de integridad en sí misma: no solo como conjunto de miembros y órganos coordinados entre sí, sino también como organismo con una capacidad de reacción «normal» y eficiente (Wojtyła, 2011). Al respecto, señala Wojtyła (2011):

El hombre, en su complejidad psico-somática, posee una multiplicidad y una diversidad en la que cada uno de los

elementos singulares se encuentran unidos entre sí, se condicionan mutuamente y dependen unos de otros. Se trata aquí sobre todo del condicionamiento de lo psíquico por lo somático, de la dependencia del dinamismo específico de la psique respecto al soma y a su dinamismo propio. (p. 291)

Sin embargo, la trama de la vida psíquica, como afirma Wojtyła, «transcurre de alguna manera entre la corporalidad y la espiritualidad» (2011, p. 329). El rasgo propio de esta vida es lo que podemos llamar en general «emotividad», que no se reduce a la «reactividad», en cuanto la potencialidad del cuerpo es superada sustancialmente tanto en su cualidad como en sus contenidos, revelando la existencia de hechos cualitativamente distintos, que Wojtyła (2011) llama «hechos psíquicos». Esta posición intermedia entre el cuerpo y el espíritu, no hace a la vida psíquica menos importante. Todo lo contrario: esta vida, con su dinamismo emotivo, cumple una «función concentradora de las vivencias humanas», y hace posible que el conjunto de la acción humana gane una cierta nitidez.

Además de identificar la vivencia emotiva y su estatuto propio en el conjunto de la experiencia humana, Wojtyła (2011) distingue en ella grados de profundidad así como niveles de centralidad o periferia, teniendo como punto de referencia el interior de la persona. No nos detenemos en las sugerentes reflexiones del filósofo polaco, baste decir que en el desa-

rrrollo de *Persona* y *acción* se pueden distinguir tres niveles, que nos limitamos aquí a señalar: las sensaciones, las excitaciones y las conmociones. La descripción de esta sección de la obra de Wojtyła realizada por Buttiglione, aunque utilizando una nomenclatura diversa, confirma esta triple distinción (Buttiglione, 1992). Vale la pena, sin embargo, señalar el valor que tiene para el psicoterapeuta ganar una comprensión precisa de la vida interior de la persona. Para esto se necesita una mirada antropológica aguda, que pueda al mismo tiempo distinguir las vivencias y sus niveles, así como reconocer el papel de las diversas facultades y sus múltiples interacciones.

Esta mirada, por otro lado, no pierde de vista la unidad fundamental de la naturaleza humana y sus dinamismos. Y el motivo es porque mantiene todo el tiempo la clave del dato personal (o personalista) como punto de partida.

La experiencia total del hombre consiste en que, justamente en la acción, el todo psico-somático se convierte cada vez en unidad específica de la persona y la acción. Se trata de una unidad superior tanto respecto a esa composición, como respecto a la unidad psico-física, si consideramos esta última como una suma de soma y de psique y de los dinamismos naturales de ambos. [...] La acción humana no es solo una simple suma de los dinamismos; es un nuevo dinamismo, superior, en el que ellos encuentran también un nuevo contenido y

una nueva cualidad: justamente la personal. (Wojtyła, 2011, pp. 286-287)

La dinámica de la integración en la vida psíquica

Esta última afirmación de Karol Wojtyła nos coloca ante lo que hemos denominado el segundo eje de coordenadas para una correcta comprensión de la vida psíquica de la persona: la dinámica de integración o unificación.

Cada acción auténticamente personal — digámoslo una vez más — es una unificación, en la que participan los dinamismos somáticos y psíquicos del ser humano, que son así introducidos en una unidad superior (el nivel de la persona). «Gracias a la integración — afirma Wojtyła (2011) —, estos dinamismos participan en la autodeterminación, o sea, en la realización de la libertad de la persona humana» (p. 289). Páginas más adelante, añade:

La integración de la persona en la acción significa estrictamente una concreta y, en cada caso, irrepetible introducción de la reactividad somática y de la emotividad psíquica en la unidad de la acción: en la unidad con la trascendencia de la persona, que se expresa en la autodeterminación operativa, que es también una respuesta consciente a unos valores. Esta respuesta consciente a unos valores se incluye en la acción humana mediante una integración, específica en cada ocasión, de la somática del sujeto humano, como hemos intentado mostrar en el anterior capítulo, en concreto al tratar de la síntesis de la acción y el movi-

miento. No obstante, *la respuesta consciente a unos valores de modo particular se incluye en la acción humana mediante la integración del conjunto psico-emotivo del hombre.* (Wojtyła, 2011, p. 327).

En el seno de la vida emotiva se encuentra una direccionalidad intencional propia de la captación y respuesta a los valores, esencial para la realización de la persona en la acción. Esta direccionalidad intencional vive nutriéndose de la espontaneidad de las emociones, que «suceden» de modo natural en nosotros. Al mismo tiempo que constituye una fuerza natural del actuar humano, —y en cuanto el ser humano no se realiza sino desde su dimensión más personal, es decir, desde su capacidad de autoposeerse y autogobernarse consciente y libremente— esta direccionalidad emotiva genera «una neta tensión entre la operatividad espontánea del psiquismo humano y la operatividad de la persona» (Wojtyła, 2011, p. 353). Lo había expresado también así:

Cuando el hombre tiene la vivencia de diversos sentimientos o pasiones, con frecuencia se da cuenta con gran precisión de que no es él quien actúa, sino que algo sucede en él, e incluso más aún, que algo sucede con él: como si él no fuera señor de sí mismo, como si hubiera perdido el dominio de sí o no pudiera alcanzarlo. (Wojtyła, 2011, p. 351)

Esta tensión puede ser entendida en modo negativo y resuelta a favor de uno de los dos polos que la hacen existir. Es decir, puede ser resuelta a favor de un rechazo malsano de la vida emotiva y su

espontaneidad en nombre de una «pura trascendencia» (Wojtyła hace referencia al estoicismo y a la ética de Kant), o a favor de una aproximación subjetivista, donde la espontaneidad del sentimiento es elevada a norma última de la acción humana. Pero la tensión puede también ser entendida positivamente como una realidad que le plantea al ser humano una peculiar *tarea de integración*, la cual «no se realiza sin un esfuerzo particular, que se puede definir como el esfuerzo más específico de la interioridad del hombre» (Wojtyła, 2011, p. 353).

¿En qué consiste este esfuerzo de integración, que el filósofo polaco identifica, en cierta medida, «con la obra de formación del carácter y de la personalidad psico-moral» (Wojtyła, 2011, p. 365)? ¿Y qué aporta a la comprensión y práctica psicoterapéuticas?

Nos parece que la propuesta de Wojtyła en *Persona y acción* plantea la introducción de dos grandes líneas integradoras de la vida psíquica en la realidad personal: la referencia a la verdad y el ejercicio de la virtud.

La referencia trascendente a la verdad

La primera línea plantea la superación de un simple «entrar» de las emociones en el ámbito de la consciencia, donde se hacen presentes los valores, a través de una auténtica *integración en la verdad*.

La trascendencia de la persona en la acción consiste en su referencia a la verdad, que condiciona la libertad de

autodeterminación. Por tanto, también la vivencia de los valores, que es una función de la propia sensibilidad del hombre, y por eso una función de las sensaciones, debe referirse a la captación de la verdad en la esfera de la persona y de la acción. *La penetración de la sensibilidad en la verdad es una condición para que la persona tenga la vivencia de los valores*. Solamente sobre la base de esa vivencia puede haber una decisión o una elección que sean auténticamente tales. La autenticidad indica en este caso una realización de la libertad tal, que está condicionada por la convicción, o sea, la referencia madura, a la verdad. Se trata en este caso de un verdadero valor y, por lo tanto, de la verdad del objeto sobre el que se decide o que se elige. (Wojtyła, 2011, p. 338)

Esta integración en la verdad «direcciona» o «convierte» (por decirlo de algún modo) a la persona hacia la realidad. Llega a ser también así un excelente antídoto contra cualquier autorreferencialidad, que en este ámbito preciso podemos calificar de «subjetivista», y que llevada al extremo introduce a la persona en las hoy tan conocidas derivas narcisistas.

En la vivencia de los valores, por el contrario, este dinamismo integrador «racional», «conduce a la persona hacia su realización en la acción, no por la vía de la pura espontaneidad emocional, sino mediante la relación trascendente con la verdad, y con el deber y la responsabilidad que están ligados a ella» (Wojtyła, 2011, p. 359).

Una consecuencia de lo dicho anteriormente es que cualquier psicoterapia que niegue esta referencia trascendente a la verdad, se encuentra por ello mismo incapacitada para llevar a la persona más allá de la vivencia espontánea de sus emociones, y por lo tanto limitada para ayudarla en su proceso de maduración personal.

El ejercicio de las virtudes

Además de la referencia a la verdad, Wojtyła (2011) profundiza como segunda línea la superación integrativa de la «orientación espontánea de la subjetividad psíquica humana “hacia” el bien o “contra” el mal» (p. 362) a través del ejercicio de las habilidades, que «desde el punto de vista ético, reciben el nombre de virtudes» (p. 363).

Las virtudes tienen la capacidad de realizar la estructura personal sobre la base de la subjetividad psíquica, porque por esencia «tienden a subordinar la emotividad espontánea del “yo” subjetivo a la autodeterminación de ese “yo”» (Wojtyła, 2011, p. 364), pero lo hacen sin amortiguar ni dejar de lado la energía emotiva.

Afirma Wojtyła (2011) en una de las páginas más agudas de esta sección de *Persona y acción*:

La energía emotiva oportunamente asimilada fortalece notablemente la energía de la voluntad misma. Esto es tarea y obra de la habilidad. Por este camino se alcanza gradualmente algo más aún: gracias a las habilidades de diversos

campos *la voluntad puede acoger y hacer suya* de modo seguro la espontaneidad que es propia de los sentimientos y de toda la *emotividad* en general. También es una de las características de la habilidad gozar de un cierto grado de espontaneidad, que no es originaria, sino alcanzada a través de ese proceso continuo que denominamos trabajo sobre uno mismo. En cuanto a la referencia a los valores, este proceso de integración perfecciona la propia psique y conduce gradualmente a la voluntad, guiada por la luz del conocimiento intelectual, para que, en la referencia espontánea a la emoción, o sea, en la atracción o repulsión espontánea, sepa acoger y elegir lo que es verdaderamente bueno. Y sepa también rechazar lo que es verdaderamente malo. (p. 364)

La aproximación de Wojtyła recoge la riqueza de la filosofía clásica sobre las virtudes y el crecimiento de la vida moral del ser humano, pero se preocupa por mostrar la dinámica que se instaura en relación con las fuerzas emotivas del sujeto.

En términos negativos, esta aproximación pone en evidencia la situación interior desintegrada en la que puede llegar a encontrarse quien no haya nunca realizado (o haya realizado de modo defectuoso) ese ejercicio de subordinación voluntaria de las propias tendencias y reacciones sentimentales a un bien verdadero. ¿No podría verse en la sistemática claudicación del hombre al ejercicio alto de su propia libertad — llamada estructuralmente a responder al bien y a la verdad—, una importante

causa del panorama psicopatológico de nuestros días, con sus muchas variantes de interioridades desintegradas: adicciones de diversa índole, ansiedades y depresiones, desequilibrios humorales fosilizados, etc.?

En términos positivos, en cambio, plantea el horizonte de la educación de la voluntad a través del ejercicio de las virtudes como un camino de realización de la persona y de salud psicológica. A la base de esta educación, como hemos señalado, se encuentra una mirada esencialmente positiva de la emotividad humana y sus fuerzas, y por lo tanto no se trata para nada de la promoción de una represión moralista de la vida psíquica, como tampoco de un voluntarismo sin corazón.

En palabras de Buttiglione (1992):

...al favorecer la conversión de la excitación en emoción profunda y la formación de cristalizaciones emocionales apropiadas e incluso en estados emotivos, la voluntad puede conducir al verdadero bien al utilizar la atracción espontánea o la repulsión que se manifiestan en las emociones, las ilumina y las corrige. En esta esfera, es decir, en la esfera moral, la integración dura hasta la muerte y es, en cierto sentido, la tarea de la vida: tarea mediante la que la persona se engendra o se crea a sí misma. (p. 196)

Conclusión

Esperamos haber mostrado de modo suficiente la importancia de recuperar para la psicología y su desarrollo—y de modo espe-

cial en el ámbito terapéutico— la riqueza de realidad contenida en la noción de persona, como ha sido entendida y profundizada durante siglos en la tradición del pensamiento antropológico cristiano. Frente a las diversas reducciones del ser humano a alguna de sus dimensiones, nos parece que no basta con postular una cierta integralidad, sino que se hace necesario repensar la realidad humana y sus numerosas manifestaciones desde el fundamento mismo de su ser y existir, es decir, desde su ser persona. Creemos que los frutos para la psicología, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, podrían ser inmensos.

Dentro de esta labor, y pensando específicamente en la práctica psicoterapéutica, nos parece que puede abrirse un horizonte fecundo a partir de la reflexión y profundización del dinamismo de integración de la persona, como lo hemos tratado siguiendo el pensamiento de Karol Wojtyła. El desafío que plantea para quienes dedican su vida a la tarea de acompañar hermanos y hermanas que sufren psicológicamente es grande: comprender, por un lado, la estructura de la subjetividad humana y la dinámica de unificación personal que pasa a través de ella, y, por otro lado, llevar de modo coherente esta comprensión a la realidad concreta de una relación interpersonal con rasgos propios, como es la relación psicoterapéutica.

Referencias

Buttiglione, R. (1992). *El pensamiento de Karol Wojtyła*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Echavarría, M. (2008). *De Aristóteles a Freud. Ensayo filosófico de la historia de la psicología*. Lima: Vida y Espiritualidad.

Wojtyła, K. (2011). *Persona y acción*. Madrid: Ediciones Palabra.

Recibido: 28 de mayo de 2015

Aceptado: 28 de noviembre de 2015